

ser» (p. 10). Esta ruptura a su vez, como es bien sabido, se encuentra en la base no sólo de la crisis de la metafísica, sino también de buena parte del ateísmo contemporáneo. «En el título de este libro —prosigue Possenti— se expresa ya el intento de pensar conjuntamente la esencia del nihilismo y la crisis de la metafísica, en el esfuerzo por diagnosticarlo según algunos de los grandes representantes del pensamiento moderno». Jünger, Nietzsche, Heidegger, Gentile, Habermas son los autores elegidos.

En contraste con las interpretaciones más difundidas del nihilismo como «destino epocal», Possenti ve en él un «suceso abierto», pues no es algo que acontece al ser, sino al sujeto y, por tanto, entra en la clase de los acontecimientos no necesarios, sino reversibles. Y no le falta razón. El nihilismo es, ante todo, un problema de actitud del sujeto cognoscente ante el ser que se le manifiesta. Una actitud, o una carencia: la carencia de las energías suficientes para admirarse ante el ser.

L. F. Mateo-Seco

Leonardo POLO, *Introducción a la filosofía*, Ed. Universidad de Navarra, s. a., «Colección Filosófica» n. 91, Pamplona 1995, 229 pp., 14, 5 x 21, 5.

El profesor Leonardo Polo ha dedicado gran parte de su actividad filosófica a desarrollar un pensamiento original sobre la base de una sólida formación aristotélica. No obstante, el alcance y profundidad de su pensamiento lo hace difícilmente encuadrable en esta o aquella corriente de pensamiento. Su dilatada producción, en gran parte todavía inédita, muestra su penetrante conocimiento

de la Historia de la Filosofía lo que lo convierte en un autorizado interlocutor de los grandes filósofos de todos los tiempos: Platón, Tomás de Aquino, Guillermo de Ockham, Eckhart, Kant, Hegel,... y por supuesto, de Aristóteles del que toma algunas nociones básicas que formula con penetrante originalidad.

El presente libro es el fruto de la reelaboración de los cursos impartidos a los alumnos de los primeros cursos de la licenciatura en Filosofía, de aquí su marcado carácter pedagógico, sin menoscabar en nada su profundidad especulativa. Como el mismo autor reconoce en el prólogo, esta Introducción a la Filosofía viene marcada por el propio ejercicio filosófico. Es decir, la peculiar concepción de lo que es la filosofía sólo es formulable desde una dilatada experiencia de búsqueda de la verdad. Para el profesor Polo, la filosofía es la «modalidad sapiencial de índole teórica que consta de un inicio, la admiración, a partir del cual tiene lugar un desarrollo temático logrado, sobre todo resolviendo dificultades que salen al paso. Se trata, por eso, de un saber siempre incrementable».

Para el profesor Polo, el inicio del filosofar viene marcado por el descubrimiento de lo intemporal, en cuanto que la filosofía no se propone como fin primario la satisfacción de las necesidades vitales. En efecto, «para descubrir lo intemporal es menester una actividad humana no práctica, sino teórica». Ahora bien, continúa el autor, el comienzo de la actividad teórica es una pura carencia de saber que todavía no se posee. En cuanto estudio de lo intemporal, el saber filosófico se constituye como filosofía primera o metafísica.

Sin embargo, la actividad filosófica no puede detenerse en lo meramente teórico, en lo intemporal, sino que aspira

también a dar cuenta del acaecer temporal, puesto que el descubrimiento de lo temporal no autoriza a anular ni marginar lo temporal. Surgen así las llamadas filosofías segundas, ramas que se desarrollan de forma autónoma a partir del tronco común del saber metafísico.

Según Leonardo Polo, Aristóteles es el primer pensador que en la historia de la Filosofía concibe así, con este esquema de Filosofía primera y filosofías segundas, la tarea filosófica. En el Estagirita encontramos desarrollos teóricos metafísicos y unos primeros esbozos de las filosofías segundas. Esta cuestión, el estudio e interpretación del pensamiento aristotélico, ocupa la sección más extensa (la segunda parte) del presente libro. En la primera parte se había planteado el punto de partida de la reflexión filosófica (la admiración y el descubrimiento de lo intemporal) hasta Platón.

La tercera parte del libro está dedicada en su integridad a desarrollar algunos temas no contenidos en los planteamientos aristotélicos: el pensar formal, la filosofía de la historia y la centralidad de la persona humana. Es aquí donde se manifiesta con mayor originalidad la profundidad y alcance del pensamiento de Leonardo Polo.

En definitiva, nos encontramos frente a una genuina obra filosófica, que huye de la erudición académica, sin faltar por ello al rigor y a la hondura del pensamiento. Libro atractivo y muy sugerente, cuya lectura invita a proseguir los caminos apenas apuntados en esta introducción a la filosofía. El modo directo de plantear los problemas le hace poseer una gran valor pedagógico, abierto a todo tipo de público, incluido el más especializado.

J. A. García Cuadrado

Gerhart B. LADNER, *God, Cosmos, and Humankind: The World of Early Christian Symbolism*, University of California Press, Berkeley 1996, 334 pp., 16 x 24.

Todos los grandes talentos del historiador del arte Gerhart Ladner (1905-1993) tienen magnífica muestra en esta obra suya publicada en alemán en 1992 y ahora traducida al inglés: su formidable erudición en el arte cristiano y medieval, su profundo humanismo, su capacidad para ir de lo concreto a lo universal. En esta obra recorre con paso magistral y seguro el simbolismo de los primeros cinco siglos de arte cristiano. Como hiciera otro gran historiador del arte, Erwin Panofsky, el Prof. Ladner es capaz de ofrecer con gran sencillez y admiración una compleja visión de conjunto, integrando la historia, la religión, el arte, la sociología, y la historia de las ideas.

Este hermoso mapa del simbolismo cristiano está trazado según las categorías teológica, cosmológica y antropológica: Dios, el cosmos y la humanidad. Y como todo buen mapa, da al mismo tiempo visión del detalle y del conjunto. Otro mérito del libro es que no es mera erudición. Este gran historiador del arte cristiano quería responder a una pregunta que es tan urgente hoy como lo fue para los primeros cristianos: ¿Podemos todavía experimentar y reconocer los «símbolos» como fuerzas vivas y vitales? Hoy hemos sido sepultados por «señales» estériles mientras que los creyentes de esos primeros siglos vivían en un mundo que era todavía *cosmos* (algo ordenado, hermoso), que sentían «animado por el aliento de Dios» y en donde todas las cosas respiraban un aire divino. Todo para ellos podían ser un símbolo de la presencia divina, desde el sol hasta